

otra singularidad muy característica. Mientras el barón Rodolfo llevaba el vestido militar, fuese en el castillo ó en el cuartel general de la división, Moor se consideraba superior suyo y, como tal, le reprendía la menor falta; pero luego que aquel dejaba el uniforme, el cabo recobraba su humilde lugar en el departamento de los criados. Comía con los de la casa, y pocos hombres he visto de tan buen corazón como el suyo.

“Trascurrieron así unos quince días. El joven voluntario, que era excelente jinete y hábil floretista, había terminado sus lecciones, y los pocos últimos días fueron casi enteramente empleados en diversas evoluciones en el cuartel general. Una tarde volvió á casa con el uniforme de oficial y la charretera de oro; había sido ascendido á teniente. Me levantó á la altura de su caballo: una lágrima asomaba á sus ojos: la división de reserva había recibido orden de marcha.

“Hubo gritos dolorosos y torrentes de lágrimas aquella noche. Sí; fué una noche triste, muy triste. El noble joven había venido al castillo á casarse con la hija del ba-

rón, estando el matrimonio arreglado de años atrás por sus padres, y los novios se amaban mutuamente. Una frase impremeditada del anciano barón, arrancaba ahora al novio de los brazos de su amada para llevarle al campo de batalla. El bueno del caballero comenzó á ser sensible al mal que había hecho al hijo único de su amigo; no podía hablar, y unas lágrimas tras otras rodaban por su faz, cosa que antes jamás se vió en él.

El joven oficial dejó á media noche el castillo para reunirse con sus hermanos de armas y pasar siquiera una noche entre ellos antes de su marcha. La hora de la separación debe haber sido verdaderamente amarga para los amantes. Los ojos de Lady Lugarda, al día siguiente, estaban hinchados y encendidos á causa de su llanto continuo. Se había persuadido de que jamás volvería á ver al objeto de su amor. Para lograr siquiera otra mirada suya por último, insistió en presenciar la salida de la división.

“La salida de las tropas de sus acantonamientos—continuó el doctor—causa mucho descontento de todos modos. En el ca-

so presente había razones particulares de universal interés. La larga guerra en cuyo trasecurso habían sido dadas más de cincuenta batallas campales, tenía considerablemente debilitada la población, y el último recurso del país era la fuerza que se disponía á partir. Como los oficiales eran jóvenes de alto rango, la tierra iba á ser privada, con muy pocas excepciones, de arrendatarios de respetabilidad. La sangre que tan profusamente iba á ser derramada, era la sangre del corazón del país. Aquel espectáculo no era el acostumbrado de una turba de curiosos espectadores, de cantineras cargadas de bollos y botellas; era la vista nociva al corazón, de padres y madres, hermanas y esposas que recibían el abrazo de los soldados. Mi hermano, muchacho de diez y nueve años de edad, estaba entre ellos. Besó uno tras otro á los miembros de la familia, y á mí á lo último.

“El teniente Rodolfo estaba con los oficiales sus compañeros alrededor del carruaje del barón, tras la caja del cual, por el lado del cochero, me había yo colocado furtivamente. La proximidad de su amada no pudo calmar sino á medias los latidos de su

corazón. Tenía los ojos fijos en Lady Lugarda, y aun los compañeros parecían compadecer á su hermano de armas por tener que dejar aquel tesoro que le pertenecía. Su amor no era un secreto; sus virtudes eran conocidas y habían excitado universal simpatía. Cuando, al fin, la corneta resonó, con sólo tres notas primeramente, y después cambiando el toque en marcha acelerada; cuando el hijo se desprendió de los brazos de su padre y el hermano de los de su hermana, el barón Rodolfo estrechó de nuevo la mano de su futuro suegro de un modo brusco y ardiente, besó la de su novia, y montó á caballo.

“Desde entonces he admirado siempre á los dragones hulanos, aun cuando no hayan demostrado ser los mejores. Dudo que en ejército alguno de los europeos exista un cuerpo cuyo exterior sea más atractivo. Cuando el sonido de las veinticuatro cornetas llegó á nuestros oídos, y las banderolas de seda amarillas y negras ondearon en las lanzas, impelidas por el viento fresco de la mañana; cuando aquellos cuatrocientos guerreros salían airosamente de entre millares de amigos y compatriotas que habían acu-

dido á presenciar su partida, y la llorosa turba de madres, y hermanas y esposas, prorrumpió en adioses medio ahogados y capaces de destrozarse el corazón, parecía que la mejor parte de nuestra existencia se había ido con ellos.

“Hay una laguna en mi memoria entre la partida y la vuelta de la división; un espacio de cerca de seis meses, lleno solamente del recuerdo de la benevolencia de Lady Lugarda. Cuanto soy lo debo enteramente á ella, pues fué quien indujo á su padre á que me permitiera concurrir á las lecciones de su hermanito. Y cuando poco después nos fué arrebatada para unirse á su primero y único amor, su padre cumplió con religiosidad las promesas que le hizo. Él fué quien me puso en la cátedra de latín y después en la universidad.

“Las noticias que llegaban acerca del ejército eran diversas y contradictorias. Prevaleció la sospecha de que había sido dada una tremenda batalla; que nuestro triunfo estaba á punto de decidirse; pero que en el momento crítico el enemigo había sido reforzado por un cuerpo de reserva, al mando de uno de sus mejores generales, y casi

aniquilado nuestro ejército en consecuencia. Había en estas noticias cierto misterio que inquietaba á todos los espíritus: llegaba á ser evidente que el gobierno parecía deseoso de tender el velo de la incertidumbre sobre aquellos desastrosos acontecimientos. Para nosotros, la duda fué resuelta de un modo espantoso, por medio de la vuelta de la división de reserva.

“La paz había sido nuevamente firmada, con la misma precipitación con que antes fué rota. La noticia de ello fué recibida con indiferencia, lo cual prueba cuán poca confianza abrigaban los ánimos acerca de la continuación de tal bien; y la prisa con que las tropas de reserva volvieron á sus acantonamientos, para reclutar soldados, confirmó la general desconfianza.

“Fueron anunciados el día y la hora en que volvería la división. El barón se resistió mucho á las súplicas de Lady Lugarda para que fuesen á presenciar la llegada de las tropas. Cedió al fin, y la familia fué en dos carrijos á la ciudad. Yo me había hecho tan caro á mi protectora, que iba en un asiento á su lado.

“Sería impocible describir la ansiedad

vivamente pintada en mil rostros. Después de una hora larga de espèra, el sonido de las cornetas hirió nuestros oídos desde las alturas que coronan el valle en que está situada la ciudad. “Ya vienen,” murmuraba la multitud en voz baja, como temerosa de dar á conocer esperanzas que pudieran ser burladas. La vanguardia, á poco, atravesó el puente y arrolló á la multitud que se había agrupado á saludarla á su llegada. Se oyó un grito repentino que lanzaron dos amables muchachas: “No; éste no es nuestro regimiento.”—Hubo, me acuerdo muy bien, un repentino marmullo, un estupor, un estremecimiento, que se difundieron entre los espectadores, conforme desfilaban los dragones unos tras otros, y todos enteramente extraños. Estaban vestidos con el uniforme y llevaban los colores del regimiento; pero los hombres eran desconocidos. Las hileras seguían á las hileras; un escuadrón entero había ya pasado; faltaba solamente el segundo; la mitad de éste había ya desfilado, y ¡ni un rostro conocido todavía! Al cabo, vimos aparecer uno que despertó nuestros recuerdos; era el de Moor, quien avanzaba airosamente, de capitán, al

frente de sus soldados. Saludó á la familia del barón, y volvió hacia otro lado el rostro.

El anciano caballero no pudo contenerse más tiempo.

—Moor—gritó con tono de desesperación.—¿Dónde está la división de reserva?

—Esto es cuanto queda de ella, contestó el capitán.

—¿Y nuestros amigos—exclamó el barón—el mayor Romberg, y los capitanes Muller y Kastadf?

No se aventuró á pronunciar el nombre de su presunto yerno. El capitán señaló el cielo con su espada.

—¡Muertos! ¡Muertos! dijo.

—¿Y Rodolfo....? esclamó Lady Luarda.

—¡Muerto! contestó el veterano, y asomaban á sus ojos las lágrimas.

—¿Y todos ellos han muerto....? ¡Todos ellos....? murmuró el barón enclavijando sus manos.

—¡Todos ellos! Quedan sepultados en las llanuras de Marengo, y yo vuelvo para traerlos sus adioses.

“Aquella era una escena que destrozaba el corazón. La división había sido hecha trizas, materialmente, hombre por hombre. Los que llegaban fueron escogidos entre los débiles restos de su regimiento y de otros. Volvían lo más presto posible, á fin de formar de nuevo el regimiento.

“¡Qué espectáculo tan noble es el de una mujer virtuosa! ¡Qué espíritu es el suyo tan fuerte, generoso, elevado y sobrepuesto á todo interés particular! La familia del barón había esperado nada menos que un desmayo ó la demencia de parte de Lady Lugarda, estando como estaba su amor tan profundamente arraigado, tan íntimamente mezclado con su existencia toda. Pudieran haber corrido sus lágrimas si el golpe hubiese sido menos fuerte. Cuando Rodolfo fué arrancado del castillo, abrumada Lugarda por una calamidad repentina, era natural que se hubiese visto dominada por el dolor; pero esta vez el infortunio venía asociado de ideas vastas, de pesares universales. La multitud, herida de horror al contemplar rostros extraños, y el universal terror pintado en los ojos de padres, madres, hijas y esposas, hablaban tan poderosamente,

te, que ni una palabra ni una lágrima se escaparon á la infeliz Lugarda. Rodeóla inmediatamente su familia, y ella, por señas, suplicó que omitieran el tratar de consolarla. Yo me acerqué, besé su mano y le rogué que no llorase. Mis temores infantiles eran superfluos. Ni una lágrima, ni una queja se le escaparon. Con apacible benignidad levantó sus ojos al cielo, siendo objeto de admiración para cuantos la contemplábamos.

“Y de este modo continuó viviendo, recogida, plácida y resignada; pero las rosas desaparecieron repentinamente de sus mejillas, y éstas se tiñeron de la palidez que ocasiona el pesar reconcentrado; ¡el soplo de la calamidad había helado el seno de aquella pobre y abandonada flor!

“Cuando siete días después fuimos invitados á concurrir al solemne *Requiem* que iba á ser cantado en la principal iglesia de Baden por los guerreros muertos, Lady Lugarda se empeñó en presenciar el rito fúnebre.

“El día señalado fuimos á la ciudad. La iglesia es un edificio inmenso situado en la plaza principal de Baden, y en cuya construcción dominan los estilos gótico é italia-

no, mezclados. En el centro se alzaba el imponente catafalco rodeado de cuatrocientas hachas de cera, número igual al de los guerreros que perecieron; el catafalco estaba cubierto de paño negro y adornado con la bandera y demás insignias del regimiento.

“Mi país nativo—continuó el doctor después de una corta pausa—es la tierra septentrional de la música. La ciudad donde el regimiento se estacionó, se enorgullecía de haber sido cuna de muchos distinguidos compositores nacionales. En esta vez los músicos acudieron de diversas distancias á ofrecer sus talentos para aquella función triste y solemne. Habían conseguido la última grande obra de Mozart, su *Requiem*, é iba á ser ejecutado por la primera vez en aquellos lugares.

“Habréis oído, nobles amigos míos, á menudo y con admiración cada vez mayor, esos esfuerzos, los más nobles de los esfuerzos humanos, encaminados á recordarnos que existe una vida futura y á darnos la terrible lección de que todo es aquí perecedero. Yo era niño entonces: mi espíritu no podía apreciar las bellezas de la música.

Los dulces sonidos del órgano, los tonos fúnebres de los diversos y numerosos instrumentos, pasaban inadvertidos para mí, como para la multitud. Su imaginación estaba demasiado profundamente preocupada de las pérdidas que acababa de experimentar. Pero cuando las trompetas tocaron la resurrección, y aquel terrible cántico, el más tremendo de todos los cánticos de muerte, el *Dies iræ, dies illa*, salió de los labios de más de treinta cantantes y resonó por las altas bóvedas del vasto templo, entonces la multitud verdaderamente se conmovió. Miró á todas partes herida de terror, y estremeciéndose llevó la vista hacia el coro de donde partían aquellas terribles notas.

“Sentí temblorosos mis labios y mi cuerpo todo, como si hubiera sufrido una inmersión en agua helada. Un estremecimiento inefable recorrió todo mi ser; me apoderé de la mano de Lady Lugarda y le pregunté qué significaban aquellos terribles sonidos.—“De este modo, dijo ella, el ángel de la resurrección despertará á los vivos y á los muertos el día del juicio.” Escuché de nuevo, y la voz de mi ángel terrestre y las

notas que fuertemente proclamaban el poder y la gloria de Dios, quedaron asociadas en mi memoria. De entonces acá nunca he dudado acerca de mi resurrección.

“Posteriormente, mis ideas han llegado á ser más claras y más fijas mis aspiraciones. He diseado y examinado el cuerpo humano; he buscado el asiento del alma y la cuadratura del círculo; he leído á Espinosa y á Schelling; he recibido los grados de filosofía y matemáticas, de medicina y cirugía; pero cuanto soy lo debo á esta voz interna, á esta guía, la firme creencia que me acompaña de una vida futura.

—Sí,—añadió con firmeza—despertaremos para ser juzgados; y ella, el autor de lo que soy, fué á unirse tres meses después con su Rodolfo. Un epitafio, en el mismo lugar donde se juraron mutua y eterna fidelidad, refiere su destino.”

Calló el doctor: sus ojos quedaron fijos con profunda distracción en el sol poniente que arrojaba su último glorioso rayo sobre el magnífico paisaje, á que servía de alfombra el verde más delicioso matizado con las tintas más ricas del oro y la plata. La naturaleza había conservado su colorido

primitivo. Los viñedos que cubren el ámbito de los collados más abajo de Presburgo y los millares de cerezos en flor producían un efecto casi mágico. A la izquierda se alzaba en relieve el castillo de Presburgo con sus antiguas y brillantes torres; y lejos, hacia el Oeste, las montañas del Austria aparecían iluminadas por el sol en ocaso. Era aquella una vista magnífica. Todos los que componíamos la reunión permanecíamos en profundo silencio; ningún ruido se oía sino el toque de oraciones del vecino lugar, y la repercusión del golpe de los remos sobre las ondas del majestuoso Danubio. Sólo gradualmente se iba percibiendo por otra parte un murmullo que se hacía más y más sensible, hasta que rompió en la expresión de cincuenta voces, unidas para dar gracias al joven que por medio de su narración había excitado un interés altísimo en sus orgullosos compatriotas.

Nunca jamás el recuerdo de aquella tarde se borrará de mi memoria, ni la suerte del joven cuya narración he reproducido. Era demasiado bueno, demasiado noble para este mundo el joven que á los veintidós años de edad había llegado á

constituir el ornamento de dos universidades.

Estando en Polonia, desgraciadamente se filió en la sociedad secreta de*** La renuncia fatal que tuvo que suscribir al recibir el grado de doctor en medicina de la universidad de Viena, causó su muerte. Renunció á la masonería á consecuencia de esto; pudo haber continuado en ella, porque centenares de individuos que ejercían empleos bajo diferentes gobiernos, lo hacían así; pero su honradez se sublevó contra tal idea. Sus antiguos compañeros le conocieron mal; temieron ser descubiertos por él, y fué sacrificado á sus temores. El 1º de Julio de 181*** se le halló asesinado en una de las veredas solitarias del *Prater* en Viena.



LA DICHA EN EL JUEGO

DE HOFFMANN.
